EL POETA CARLOS PEZOA VÉLIZ

ENSAYO DE CRITICA SOBRE LA JOVEN PERSONALIDAD CHILENA

Hablando de literatura y de escritores más o menos directrices del momento intelectual en que actuaron, en amenas charlas postales con algunos de los poetas representativos de la juventud chilena, dimos en hablar varias veces de Cárlos Pezoa Veliz, tenido por sus compatriotas como el más característico de su pueblo, y muerto en plena miseria cuando contaba apenas 29 años de edad. Aguijoneado por el afán de conocer a fondo la obra e historia del vate malogrado, pedí datos concretos a J. Lagos Lisboa, uno de los más aplaudidos en los círculos del país trasandino, quien tuvo la gentileza de proporcionarme un ejemplar de la obra póstuma del poeta, ya agotada, e intitulada «Alma Chilena». Impresionado hondamente por la lectura de esas páginas intensas y dolorosas de Vida y de Verdad, he creído provechoso a la par que justiciero, dar a conocer a quienes en el Uruguay—ignorándolo—se interesen por las altas manifestaciones espirituales, la personalidad extraña y atormentada de este vocero de los dolores populares tán injustamente castigado por la Mala Fortuna.

Puede afirmarse, sin caer en error, que aquel pueblo perdió su cantor más representativo, así como la literatura de Chile el bardo mejor dotado de las aptitudes necesarias para ser un gran poeta.

A Pezoa Veliz no sería difícil hallarle ubicación literaria, pues su realismo, su amor a la verdad y a veces a la crudeza, bastan a este propósito. Y no podría tener otra

tendencia un cantor de la multitud. Yo lo colocaría entre Almafuerte y Evaristo Carriego. Era menos apóstol que el primero, y era menos romántico, menos plañidero que el segundo. No tenía en la boca las blasfemias y los misticismos del autor de «El Misionero», y era más lapidario, crudo y fuerte que el de «Misas Herejes». Canallesco, revolucionario, (sin hacer doctrina) tenía tanto del *roto* en el alma como de araucano en la sangre. Estaba hecho en una madera que tanto servía para cruces como para horcas.

Criado por dos buenos viejos que no eran sus padres, de ellos tomó sus apellidos, dos viejos que según su decir pintoresco: habían empollado, sin saberlo, un huevo de culebra.

Por esta causa y dado su temperamento bohemio, tenía hogar y no lo tenía. Trota tierras, inquieto, con esa inquietud de los que no pueden estar mucho tiempo bajo el mismo cielo, era el bohemio estrafalario que rodaba los pueblos con la indigencia en el morral y una honda tristeza en el corazón, tristeza que perfuma casi todos sus versos y fué la inseparable compañera de su breve vivir. Esta particularidad se nota a las claras en su obra «Alma Chilena», recopilada y editada por Ernesto Montenegro. Muchos de sus versos, los primeros del libro, son voluptuosos, voluptuosos hasta el pecado—como diría un espíritu puritamente ético. Canta en ellos las ansias del varón, y en éstos himnos del Deseo, pone de manifiesto su temperamento exaltado por el amor de la carne que a veces toca las lindes de lo enfermizo. Puede decirse que este período, en el poeta, es el ciclo de la *carne triste* Ved:

«Yo quiero una mujer...
Así la quiero:
«Yo quiero una mujer...
Así la quiero:
Carne sólida y tibia, color rosa
Y hambrienta de impudicias...»

Luego, notamos en su obra, un período más de acuerdo con la serenidad y compostura en la forma, bien que algo desigual siempre, aún dentro de la cierta harmonía apuntada. Entonces es cuando nos empieza a gustar de veras, a ganar nuestro espíritu, para más adelante apoderarse de él plenamente. Existen en este período de su obra, algunas composiciones regidas por los cánones nuevos que impusieron en Chile Ruben Darío y Pedro A. Gonzalez como lo hace notar el crítico chileno Armando Donoso en «Los Nuevos« que nos presentan al poeta como un creador de giros modernos, de ritmos afiligranados, de imágenes peniadas; como si el aliento de Francia inclinara suavemente las crenchas de su Musa, que el vate ha tenido el capricho de humedecer en un lírico bautismo en las aguas del Sena. Y de este *momento* de su modalidad datan las poesías intituladas «El Pintor Pereza», «Pergamino Clásico» y otras. Escuchad algunas estrofas de este pergamino, y decidme luego si no encontrais que son modelo de belleza dentro de lo moderno y si no le hallais un hermoso toque de aristocracía rancia dentro del perfume prócer que emana cada verso, como si hubieran estado guardados mucho tiempo en el fondo del arcón que fué de algún abuelo:

«De frac y guante blanco con paje y escudero
a la moderna justa penetra el leal doncel;
«las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas le enaltecen, las aves hablan de él.»

«Su deudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violín de plata ensaya el madrigal.»

«En tanto allá conversan los clásicos romances,
Conversan sobre Góngora de gafas y de frac,
Y se habla de Quevedo, de sus nocturnos lances,
Mientras un reloj viejo masculla su tic-tac.»

« Y el poeta lanza al aire su verso vocinglero ..
¿Qué más? Su verso es joven (es verso de un doncel)
Las flores han cantado las glorias de su acero,
Las damas baten palmas, las aves charlan de él. »

Como un ejemplo de su modo modernista también, pero más que esto, como ejemplo de la tendencia que abrazó en sus últimas producciones, las que lo singularizan como el poeta que poseía *más alma chilena*, está ese poema que intituló « El Pintor Pereza », de cuyos versos fluye, con una realidad tán rotunda como mayor no había leído en nadie, el alma triste, la vida aburrida, *sin porqué*, la voluntad ausente, de un espíritu enfermo de arte en uno de esos períodos en que se siente envuelto y como uniformado en la nuble gris de la pereza y el hastío. 'Confieso que ni en Baudelaire ni en Rodembach he leído una página como ésta, donde la abulia se posesione tán radicalmente del espíritu, donde el pesimismo y el color gris de un alma, rimen tan a tiempo con el gris y el pesimismo del ambiente que nos rodea, hasta parecernos tener « gafas de bruma sobre la nariz. » Pero leed algunas estrofas de la composición y juzgad vosotros:

« Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac... »

« Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro y otro: ¡ tres !
¡ Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués ! »

« El pintor no lee, la lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y todas las cosas con máscara gris. »

« Su mal es el mismo de los vagabundos;
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal. »

« Ni piensa ni pinta ni el humor ingenia.
¡ Qué ha de pintar si halla todo sin color !
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor. »

« Así pasa el tiempo. Sólo, solo el cuarto...
Sólo Juan Pereza, sin hablar. ¿ De qué ?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fé. »

« La madre está lejos, a morir empieza
Allá, donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
la esconde la pluma, la tinta o el block. »

Para terminar con esta estrofa plena de una conformidad filosófica—estoica, la única, la verdadera resultante que podía salir de los labios del hombre cuyo carácter y cuya vida acaba de pintar en pocos versos, con tan definidos rasgos y tal plasticidad y relieve, que más parece la acuñación de una medalla con metal de vida que no la pintura de un tipo:

« La vida... Sus penas. ¡ Chocheces de antaño !
Se sufre, se-sufre. ¿ Porqué ? ¡ Porque sí !
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡ Qué diablo ! la vida es así... »

Yo creo, simplemente, que esta poesía, objetiva y subjetiva a la vez, retrato de un alma, de una vida y del me-

dio ambiente que los aprisiona—en vez de decir que los rodea—es un acierto muy hondo de poeta observador del prójimo y de sí mismo; es un acierto—por el modo de tratar el asunto—del *gran poeta* que estaba ya latente en Pezoa Veliz.

Poseía el don—bien extraño por cierto—de decir mucho en pocas palabras; y éstas mismas tán sencillas, tán vulgares—a veces .. Pero él las colocaba, no sé si por intuición, en el lugar preciso en que adquirían la fuerza y elocuencia que poseen algunos vocablos rudos en muchos de sus versos amargos y plebeyos. Lo que aconsejaba Flaubert—sencillamente.

Con la composición que acabo de trascribir en parte, entra el poeta en el período de su obra que más lo caracterizó y fué, en general, el reflejo de toda su vida de artista y de hombre. Si fuéramos egoistas, tendríamos muchas veces que bendecir al Dolor, por ser, en infinidad de casos, el verdadero padre de la Emoción y la Belleza supremas. Poe, Baudelaire, Verlaine, son ejemplos de ayer: Herrera y Reissig, Florencio Sánchez y Pezoa Veliz son ejemplos de hoy.

Su figura era huraña, rara—dicen los compatriotas que sobre él han escrito—y agregan que había venido *repechando desde muy abajo*, pero ignorando desde donde. Nadie sabía *su casa* ni quienes eran sus padres; en cuanto a él: era un poeta nada más, un poeta ¡y era bastante! Cuando obtuvo un empleo en «Viña del Mar», se hizo señorito, o niño bien—como querais; — quiso aristocratizarse y se disfrazó de dandy. Pero bajo aquella caparazón de artificio puro, se asomaba, irremediablemente, el alma áspera, el temperamento autóctono, el albedrío del araucano que llevaba en las venas, y del bohemio que llevaba en el temperamento. Era el fruto agrio, torvo y tal vez tardío, con todas las características étnicas de la raza, brotado del viejo tronco que aún da som-

bra a la familia de *los rotos*. Por eso fué el cantor popular, de léxico sencillo hasta el desaliño. Es indudable que él tenía conciencia de su misión dentro de la lírica de su patria; y si en un momento veleidoso, o de curiosidad, se desposó con la musa de los refinamientos imperantes por aquellos años, la voz interior le cantó al oído cual era su camino verdadero, la senda humilde que le daría el triunfo, y pronto se le vió darse por entero a la musa fuerte y lozana de los desheredados y los tristes como él, la que lo esperaba con los brazos abiertos y los ojos en alto porque era su preferido, porque era su poeta.

Musa que aún persiste viuda desde la muerte del vate, Y ciertamente que esta unión, lejos de ser híbrida, fué de una fecundidad tan rica para las letras chilenas, que las divinidades campestres debieron sentirse orgullosas ante el advenimiento de ese poema rústico y desnudo, pero ungido de savia y de rocío, de rocío de aurora y de lágrimas, que se titula «Pancho y Tomás». Y el espíritu enfermo y vago que presidió la soberbia creación de aquella página en que se hastía el alma del Pintor Pereza, sigue edificando piedra sobre piedra— el palacio gris del pesimismo en que quería encastillar su alma, y escribe otros poemas, que son—para mí—algo que yo llamaría la letra inicial de los desencantos y las brumas del vivir. Me refiero primeramente a la composición que lleva por título: «Nada»; acerca de la cual no se puede dar idea digna de ella sin trascribirla en parte. Juzgad:

«Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
jóven, rubio y flaco; sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo. Tal vez un perdido.»
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles

cantando marchaban .. Entre sus papeles
no encontraron nada .. los jueces de turno
hicieron preguntas al guardian nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez ni el vecino Pinto.

. . . . . .

Una jaletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta. Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada. »

El tuvo su palacio de invierno como Verlaine: el Hospital San Vicente de Paul, donde espiró rodeado de unos pocos amigos, según escribe el prologuista de su obra; pués cuando parecía que la suerte—esa señora de los caprichos y las rarezas—intentaba tenderle las manos, a raíz de una catástrofe seísmica, quedó inválido el pobre poeta, ingresando en esa Casa de Caridad. Y fué allí—seguramente—donde repitiéndose el simil con el autor de «Fetes Galantes», escribió aquel poemita que nos recuerda por el asunto, como lo observa uno de sus críticos:

«Il pleure dans mon coeur», tán triste y plomizo que nos hace el efecto de una nube en el alma y que el poeta chileno titula: «Tarde en el hospital». Leedlo:

« *Sobre el campo el agua mustia*
cae fina, gracil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve .. »

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha llorqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve ..

Entónces, muerto de angustia,
« ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso. »

Y así, entre dolores y miserias, vivió su corta vida de veintinueve años este clásico tipo de la bohemia y el genio suramericanos, este hermano de Julio Herrera y Reissig, de Florencio Sánchez, de Pedro Antonio Gonzalez (su compañero infortunado) y de José Asunción Silva, el romántico suicida; dejando su preciosa y lamentable existencia en manos de la Gloria, cuando recién comenzaba a concebir sus primeros versos de gran poeta.

FERNAN SILVA VALDEZ.